

Conversación 45
EL OPTIMISMO DE LEOPARDI

Nápoles, 5 de marzo.

En un negocio de libros viejos, situado cerca del puerto, hallé dos folletos autógrafos del célebre poeta Giacomo Leopardi, y todos los estudiosos napolitanos me aseguran que son completamente inéditos. Indudablemente, la escritura es la suya, yo mismo pude comprobarlo y persuadirme confrontando esas páginas con los autógrafos del mismo escritor que se encuentran en la Biblioteca Nacional, pero el contenido de los pensamientos parecería contradecir, o por lo menos atenuar, el obstinado y radical pesimismo del gran poeta. Transcribiré aquí, para mi recuerdo, estos dos pensamientos

»Los que razonan o escriben largamente acerca de la infelicidad de la vida humana - como lo estoy haciendo yo desde los años de mi juventud - pueden ser fácilmente acusados de estar en abierta contradicción consigo mismos. Puesto que el escritor, quien no sólo pone en blanco y negro, en la forma más prolija y adornada que puede, sus desesperados pensamientos, sino que además los hace imprimir y vender para que sean leídos, meditados y admirados por los que se deleitan en las cosas de la literatura y de la filosofía moral, manifiesta con los hechos expresados - aplicándose a escribir sus quejas y dándolas a la luz -, que no es el desesperado negador de toda clase de felicidad que pretende hacer creer a sus lectores. Y tal cosa se puede probar con dos argumentos.

»El primero, es a mi juicio el siguiente: si el susodicho escritor, que afirma continuamente que para el hombre es imposible cualquier alivio del tedio y del dolor, se ingenia y esfuerza por transcribir en excelente prosa o poesía sus humores melancólicos y sus quejas acerca de los males de la vida, si no me equivoco demuestra con ello que, escribir sobre la infelicidad propia y la de los demás le deleita o por lo menos hace que sienta esos males como menos acerbos e insoportables. Un verdadero desesperado puede llorar, o gritar, o callar, mas, conociendo la inutilidad total y final de toda ocupación humana, jamás piensa en tomar la pluma para describir en el papel, con la complacencia que se comprueba en la consecución de un buen estilo, sus lamentos sobre las miserias de la existencia humana. Esto significa, a mi parecer, que el desahogo volcado en las páginas, los cuidados empeñosos en lograrlas perfectas y la solicitud desplegada para hacerlas conocer a los demás, le causan un cierto placer, o por lo menos sirven de alivio a su cotidiano suplicio.

»La segunda razón podría ser ésta: el que escribe y hace imprimir demuestra su deseo de ser leído y, aun cuando el pudor le impida confesarlo, demuestra también su deseo de ser comprendido y admirado. Se sigue de esto que juzga a los hombres capaces de hallar deleite en leer sus escritos, más aún: los juzga dispuestos a comprender esos pensamientos hasta el punto de vencer la natural despreocupación y la universal ceguera. Este escritor demuestra, además, que cree en el valor efectivo del juicio humano, por él siempre y justamente despreciado, y finalmente, confiesa que halla complacencia en las alabanzas de los mismos hombres que en sí nada tienen que merezca ser estimado y alabado. Estas esperanzas y esperas suyas contrastan y desmienten las verdades juzgadas ciertas e inatacables por el mismo escritor. Si el hombre es una criatura mísera y tonta, que nada tiene propio y eterno, ¿qué podrá comprender? ¿Qué precio y valor podrán tener su consentimiento y su aplauso?

»El escritor acerca del cual estamos razonando - y que bien podría ser el mismo que estas cosas escribe -, confiesa, sin quererlo, que está menos so metido al dolor de lo que dicen y repiten sus

obras. En realidad de verdad, demuestra que según su creencia vale la pena exponer ordenada y elegantemente sus pensamientos; demuestra que ese esfuerzo es un placer o aminoración del sufrimiento, que los hombres, no obstante su manifiesta insensatez, son capaces de comprender y estimar sus escritos, y demuestra, finalmente, que esa comprensión y esas alabanzas son bienes apetecibles y consuelos deseables. Por el contrario, el infelícísimo negador de la felicidad que conoce bien "*l'infinita vanità del tutto*", jamás se dejará seducir por las pueriles ilusiones de la hermosa literatura y de la inteligencia humana. Si a semejanza de la vacua plebe de literatos y filósofos cede ante esos deleitosos engaños, es señal segura de que no cree, en lo profundo de su ánimo, en lo que afirma y repite hastiadamente, o sea, que la vida no es más que tedio, aflicción y desventura.

»Y, puesto que yo mismo me doy cuenta de que soy uno de esos escritores de dos caras, como el Jano de la antigüedad - y quizás el único que existe hoy en Italia -, quiero reconocer sinceramente las contradicciones de mi entendimiento aun cuando no tenga todavía el coraje suficiente para avergonzarme en público.»

He aquí el segundo pensamiento, más breve:

»Me sucedió repetidas veces que lamentara en mis escritos los "amenos engaños" que causaba a la gente antigua la benigna ilusión de la felicidad, haciéndoles creer en la protección de la Divinidad, en los beneficios de la naturaleza, en el amor o en la gloria. Pero luego, cuando me acuerdo de las desgracias, calamidades, destrucciones u otras alocadas y malvadas acciones que, según lo dicen los historiadores y los poetas, abundaban en aquellas lejanas edades, no menos que en la tan bestial y malvada edad nuestra, comienzo a dudar bastante de mi opinión anterior. Ni siquiera los engaños más amenos - como se ve incluso en el tiempo de la juventud -, bastan para que el hombre eluda la desventura y las múltiples formas del mal. De modo que, razonablemente, se debería llegar a la conclusión de que entre las ilusiones humanas se ha de incluir la que hace estimar como beneficiosa a ciertas ilusiones comunes. »